



Memorias del Totonacapan

Jashui Jatziri Pizarro Márquez

ILUSTRACIÓN

Esperanza Ramírez Serna



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

MEMORIAS DEL **TOTONACAPAN**

Jashui Jatziri Pizarro Márquez

ILUSTRACIÓN

Esperanza Ramírez Serna

CORRECCIÓN DE ESTILO

Julio Axel Hueto Cruz

DISEÑO EDITORIAL

María Fernanda Trujeque Sánchez

COORDINACIÓN

Norberto Zamora Pérez

México, 2021



MEMORIAS DEL
TOTONACAPAN



Prólogo

LOS TONACOS son un pueblo indígena con profundas raíces en el tiempo, habita en la región costera del estado Veracruz y en el norte de Puebla. Conforman la región Totonacapan la cual está integrada por tres importantes ciudades: El Tajín, Papantla y Cempoala, también conocidos como los Tres Corazones.

Los habitantes del Totonacapan poseen una cosmovisión propia, un idioma ancestral, gastronomía, medicina tradicional, una dualidad vital, memoria histórica, arte, ritos y deidades. Algo que caracteriza a los totonacas son sus danzantes, sus voladores y sus bordadoras y tejedores.

Actualmente, los totonacos siguen practicando los rituales por los que son mayormente conocidos, como la ceremonia de los voladores, la cual se realiza durante las fiestas patronales, carnavales, festividades de los muertos, solsticios, equinoccios y en ceremonias que están relacionadas

con la siembra y la cosecha. Además, fue declarada Patrimonio Inmaterial de la Humanidad en el año 2009. Conservan estrategias ancestrales de aprovechamiento de micro agro-ecosistemas, pues poseen parcelas de tierra en diferentes altitudes y sobre laderas con distintas pendientes, así diversifican su calendario agrícola.

En este libro conocerás tres leyendas totonacas: la casa del trueno, la leyenda de la vainilla y la leyenda de los voladores; todas protagonizadas por una familia que por generaciones han conservado sus costumbres, leyendas y tradiciones. Conoce el día a día de una pareja de hermanos que emocionados disfrutan escuchar de las memorias del Totonacapan que sus abuelos y padres les cuentan. Pues, en la tradición totonaca cuando nace un niño o niña se cree que trae una estrella, una luz y un don.

¿Quieres conocer más sobre el pueblo totonaco?

I

La casa del trueno

Adentrada en la selva de Veracruz, en una comunidad indígena, ayudaban a una familia a construir su hogar, acarreaban paja que recolectaban de las palmeras. Aktzin¹, un hombre robusto, de piel morena, cabello lacio y un tanto corto, tenía un sombrero de palma y un paliacate que resaltaba en su vestimenta blanca y fresca, se acercó al dueño del hogar para darle el jarrón de barro que traía, pues el calor que se sentía era abrumador.

—¡Espero que termines pronto Chapik²!, tengo que ir a ver mis tierras... —dijo Aktzin.

¹Aktzin: Nombre masculino de origen totonaco que significa «el trueno viejo del oriente, dueño del agua, de los truenos y de los relámpagos».

²Chapik: Nombre masculino de origen totonaco que significa «fuerte».



El hombre siguió su camino, se adentró entre la hierba de la selva junto a su esposa Malaná³ (vestía una falda y una camisa, ambas blancas, también traía puesto un rebozo azul; en su brazo sostenía una canasta con tortillas y una pequeña olla de barro con frijoles), y su hijo, Lan Nakúh⁴ de casi seis años de edad. (vestía un atuendo similar al de su padre y un pequeño morral). Durante un rato continuó su camino bajo el sol ardiente y húmedo de la selva. Conforme caminaban iban recolectando plátanos que hallaban tirados.

— ¡Es la primera vez que vienes con nosotros ma! —dijo alegre Lan Nakúh.

—Es que está re-lejos la siembra.

—Ya en un ratito llegamos —contestó el hombre.

³ Malaná^h: Nombre de origen totonaca que significa «el creador, la creadora y/o el que manda».

⁴ Lan Nakúh: nombre masculino de origen totonaco que significa «corazón hermoso».

El pequeño iba y venía con sus padres, levantaba piedras de diferentes tamaños y hojas de árboles que no tuviera en su colección y las guardaba dentro de su morral.

—Ven, estate sosegado... te voy a contar una historia que no te sabes —dijo la mujer al pequeño, quien se quedó a un lado de su madre, tomó su mano y Malanáh comenzó la historia—, cuentan los viejos que entre las ciudades de Totomoxtle y Coatzintlali existía una caverna escondida a la que era muy difícil llegar... se dice que los antiguos hechiceros habían levantado un templo dedicado al dios del trueno o de la lluvia.

—También se le conocía como el dios de los ríos —interrumpió Aktzin que miraba al pequeño tomado de la mano de su madre.

—Entonces —siguió contando la mujer—, cada vez que era el tiempo de sembrar y cosechar los frutos y semillas, siete sacerdotes se reunían por las noches en la selva sin impor-

tar que el clima fuera bueno o malo, si hiciera calor o estuviera fresco... ellos tenían que invocar siete veces a los dioses de los puntos cardinales, les cantaban a los cuatro vientos y tocaban un gran tambor, mientras otro hombre lanzaba flechas con fuego en la punta para alumbrar el cielo.

—¿Por qué siete? —cuestionó el pequeño.

—Porque si lo multiplicas por los cuatro puntos cardinales o los cuatro vientos—explicaba la mujer—es veintiocho, y eso equivale al número de días que tiene un ciclo lunar.

—¿Y luego de que aventaban las flechas al cielo qué pasaba ma? —preguntó Lan Nakúh.

—Pues dicen que del cielo se escuchaban unos truenos tan fuertes que ensordecía a todo ser viviente, parecía como si estuvieran furiosos, también aparecían relámpagos que cegaban a las criaturas de la selva y a las especies acuáticas que moraban en los ríos. La lluvia torrencial no tardaba mucho en caer sobre la tierra y la cueva escondida;

—¿Cuánto duraba la lluvia? —preguntó Lan Nakúh.

—Los chubascos, los truenos y los relámpagos duraban varios días y causaban grandes desastres... —respondió Malanáh.

La pequeña familia se detuvo por unos minutos junto a una pequeña palmera de papaya. El hombre intentó bajar algunos frutos de esta mientras su esposa e hijo miraban la vegetación que los rodeaba.

—Cuanto más invocaban al dios con aquel ritual, era más abundante la tormenta —prosiguió la mujer con la historia—, y cuanto más fuerte golpeaban el tambor que llevaban los sacerdotes, más fuertes se escuchaban los truenos, y cuantas más flechas alumbraban el cielo, más iluminaban los relámpagos.

Cuando el hombre terminó de recolectar algunas papayas que había en la palmera, continuó el camino y su familia fue detrás de él. Aktzin cargaba el morral de ixtle sobre un



hombro, y en la mano derecha llevaba un machete para abrirse camino.

—¡Pasaron los siglos! —retomó Aktzin el relato—y un día, arribaron por el mar unos hombres que vestían ropa diferente. Aquellos no tenían las mismas costumbres ni creían en la misma religión. Decían que habían llegado de otra tierra y que habían cruzado el agua que reflejaba el cielo turquesa. Todos mostraban una gran sonrisa en su rostro.

—¿Se pusieron contentos? — preguntó Lan.

—Sí, a lo mejor porque llegaron a un lugar con un clima cálido, lleno de frutos y animales —respondió Aktzin—. Aquellos hombres se quedaron en el hermoso lugar y se llamaron a sí mismos totonacas.

El pequeño se veía un poco confundido, pero estaba muy intrigado por saber qué más había pasado.

—Pero también es importante que sepas que los siete sacerdotes de la casa del trueno no estuvieron conformes con la llegada de los hombres —dijo Malanáh— y se adentraron en la selva para llamar al dios a quien le ofrecían tal ceremonia para que los asustara. Repitieron el ritual como se hace cuando empieza la siembra, y algo asombroso ocurrió, la tormenta comenzó a caer tan fuerte como lo deseaban los sacerdotes. Sin embargo, los totonacos los capturaron cuando supieron lo que habían hecho, los embarcaron, les dieron provisiones y los lanzaron al mar para que se perdieran en él.

—Unos dicen que la misma agua los llevo a la casa del dios del rayo o del trueno como también lo llaman —agregó Aktzin quien cargó a Lan sobre sus hombros para que el pequeño aguantara un poco más del viaje, y siguió la historia—, después los totonacas pensaron que era muy importante continuar con el ritual de los antiguos hechiceros para que la desastrosa lluvia parara, así que decidieron



rendirle tributo a los dioses y adorarlos como lo hacían los sacerdotes.

Los totonacos se metieron en la cueva y comenzaron a ofrendar fruta, alimentos, flores, incienso y cantos que hacían dormir a los niños de la población. El dios del trueno aceptó la tregua, sin embargo, pidió que destruyeran su casa y sobre esta construyeran una gran pirámide con treientos sesenta y cinco nichos, a esta la llamaron Tajín⁵.

La historia terminó. Aktzin, Malanáh y Lan siguieron caminando, les faltaba poco para llegar a su sembradío. El sol los acompañó, las nubes corrieron y nublaron un poco el cielo, algunos rayos solares aún tocaban la tierra. De pronto comenzó a caer una brizna en la selva y apresuraron el paso desvaneciéndose entre la vegetación.

⁵ Lugar de las tempestades.



II

La ciudad perfumada

(Leyenda de la vainilla)

Cuenta la leyenda que en el pueblo de los *tres corazones*⁶, en los tiempos de los grandes señoríos totonacas, vivía el tercer gran gobernante de la región, Teniztli, un rey que celebraba sus más grandes adquisiciones y orgullos, el más importante de estos era Tzacopontziza⁷, su hija. Ella era una señorita con grandes cualidades: poseía una belleza descomunal, además, era inteligente y muy talentosa; por ello, todos los hombres del pueblo totonaca querían contraer matrimonio con la joven, pero el rey no aceptaba que alguno de sus tantos pretendientes lograra estar a su lado, pues para él nadie era digno de casarse con su preciada hija.

⁶ Tres corazones se refiere a los tres centros arqueológicos: Cempoala (Zempoala), Tajín y Teayo, ubicados en Veracruz.

⁷ Tzacopontziza: Lucero de alba



Un día, Teniztli mandó a su hija al templo de la diosa tonacayohua⁸ para que le sirviera a esta, el hombre pensó que con dicha decisión, Tzacopontziza jamás podría casarse, pero el rey nunca imaginó que en dicho templo, su preciada hija conocería a Zkatan-Oxga⁹, un joven guerrero que daría su vida por el amor que tenía a su amada. Estos se conocieron en una de las ocasiones en que la joven fue en busca de fruta y alimento para ofrendarle a la diosa. Ambos, se vieron por primera vez en la orilla de un arroyo, y en medio de toda la vegetación se enamoraron profundamente... sabían que su relación amorosa causaría muchos problemas, por esa razón decidieron escapar juntos.

Una noche Zkatan-Oxga fue a recoger a su amada Tzacopontziza al templo de la diosa de la siembra y huyeron hacia las montañas tan rápido como pudieron. Sin embargo, hubo sacerdotes que lograron verlos y de inmediato avisaron

⁸ Tonacayohua: Diosa de la siembra, el pan y los alimentos.

⁹ Zkatan-Oxga: Joven venado



a Teniztli para que mandara a sus guerreros más fuertes a buscar a su bella hija.

Los sacerdotes también pidieron la ayuda de una gran bestia que poseía fuego en su interior. La mandaron a buscar a los enamorados para impedir que siguieran su camino, cuando los encontró lanzó gran cantidad de fuego por la boca que parecía una gran pared hecha de lava ardiente. Al ver contra quien se enfrentaban, los amantes tuvieron que regresar por el camino que venían para esconderse y encontrar otra ruta por la cual huir, pero, no contaban con que se encontrarían con los guerreros que había mandado Teniztli.

Los jóvenes habían cometido un sacrilegio, por ello, Teniztli con el dolor de su alma ordenó a sus guerreros que sacrificaran a ambos, estos acataron la orden y les sacaron los corazones a los dos jóvenes para luego tirarlos a un peñasco, cada uno a direcciones distintas.



La diosa Tonacayohua, al darse cuenta de las injusticias por las que había pasado Tzacopontziza, decidió recoger los dos corazones enamorados. Ambos estaban secos, pero algo muy extraño ocurrió, cuando la diosa los juntó comenzaron a crecer plantas: de Zkatan-Oxga nació un arbusto frondoso y bello, y de Tzacopontziza salió una planta trepadora de color verde como el quetzal. De pronto nació una flor aún más bella que cualquier cosa, era una orquídea de pétalos amarillos, de ella colgaban vainas, algunas estaban marchitas, lucían cafés y arrugadas, sin embargo, emanaban un aroma exquisito por toda la región. Luego de unos días, la gente llegó al risco para ver con sus propios ojos de lo que todos hablaban, una vez ahí, se llevaron una gran sorpresa, el rico aroma que perfumaba la región nacía de las vainas secas.

—Abuelita, entonces ¿la gente no creía que los corazones se habían vuelto a juntar? —preguntó Jun¹⁰, una pequeña que estaba sentada en una silla de madera junto a la mesa.

¹⁰ Jun: Nombre femenino de origen totonaco que significa «colibrí».

—No mijita, por eso la gente se acercaba a ver —contestó Limuksún¹¹, una mujer de encorvada espalda, de cabellera grisácea y piel arrugada—. Hablando de vainas cafés, tengo que poner cafecito... —dijo apresurada mientras acomodaba el rebose que cubría su cuerpo—, ¿se te antojan unos tintines? —preguntó.

—Sí —contestó la pequeña—. Abuelita, siempre me ha parecido muy triste esa historia... —dijo Jun afligida.

—Sí, es triste... pero cuando Teniztli y los guerreros vieron el origen de lo que llegaba a su olfato se arrepintieron de haber sacrificado a los amantes apasionados.

—Que feo es amar... —dijo melancólica la pequeña.

—Ay mijita, el amor tiene tantas adversidades... pero no todo es malo, también tiene cosas buenas, por ejemplo, gracias a Tzacopontziza y Zkatan-Oxga nació la vainilla —contestó.

¹¹ Limuksún: Nombre femenino de origen totonaca que significa Perfume y/o la que «perfuma».

—Abuelita, yo siento feo que hayan terminado así los dos amantes...

—Pero los enamorados tuvieron una segunda oportunidad mijita, ambos permanecieron abrazándose siendo un arbusto y una orquídea, y de ese amor nació la flor Xanath, que hasta el día de hoy desprende su aroma para que nunca nos olvidemos de aquel amor que pudo prevalecer contra todo.

—Mi papá me dijo que la orquídea necesitaba del arbusto para crecer...

—Así es —afirmó la anciana— por eso la orquídea trepadora o en este caso Tzacopontziza necesita de su amado Zkatan-Oxga para hacerlo.

—Ohhh... —dijo asombrada la pequeña.

—Oye Junita, ¿me lavaste el totomoxtle¹² que te pedí?

¹² Totomoxtle: Hojas secas, rugosas y quebradizas que envuelven la mazorca de maíz.



— No... se me olvidó ¿entonces sí haremos los tintines abuelita?

—Sí, y también el cafecito de grano, bien calientito —dijo la anciana mientras se frotaba las manos para calentarse—, ¡anda!, ve y lávalo.

La pequeña Jun rápidamente se levantó y fue a la cocina con su abuela para preparar los totomoxtles, Limuksún se acercó a la alacena de madera que había cerca del fogón y sacó una canasta de mimbre con servilletas de tela, algunas bolsas transparentes con chiles y otra en donde estaban los totomoxtles unidos como capullo. Jun tomó una hoja y la desprendió. Caminó hacia la mesa donde reposaba un recipiente lleno de agua y enjuagó la lámina arrugada que sostenía en la mano.

La anciana tomó un saco con harina de maíz nixtamalizado y otro con piloncillo molido. También agarró mantequilla y un pequeño frasco con canela. Los puso sobre la mesa

y de inmediato tomó dos medidas de harina con una lata que había dentro del costal y los echó en un recipiente de madera que tenía sobre el tablón. La pequeña Jun se acercó con la hoja de totemoxtle y la dejó junto a los ingredientes.

— ¿Qué más abuelita? —preguntó la pequeña.

—Tráeme los moldes que están en el bote de las cucharas —contestó la anciana.

Limuksún, tomó el frasco de canela y agarró lo de dos cucharadas, las puso sobre la harina que tenía en el recipiente, tomó una lata de piloncillo y vertió la mantequilla que se derretía por el calor. Se remangó el rebosó y empezó a amasar todo.

A un lado tenía un anafre con carbón ardiente, y sobre esté un comal de barro circular. Jun puso sobre la mesa los moldes y se sentó junto al calor a esperar que su abuela la llamara para empezar a formar los tintines.



—Abuelita y ¿los tintines no llevan vainilla?

—No...

— ¿Les pasa algo si les ponemos? Es que como en la historia hablaste de la vainilla, se me ocurrió —dijo Jun con una sonrisa tímida.

—Bueno, es que realmente no lleva, pero por ser un día especial podemos ponerle... ¿verdad? —dijo contenta la mujer— ¡Anda, trae la vainilla!, además, hacer comida es como hacer magia.

Jun salió corriendo y después de unos minutos regresó acompañada de su hermano, Lán. La pequeña llevaba en las manos un recipiente con la vainilla. La cocina ya tenía un aroma dulce combinado con canela.

—¿Abuela, ya vas a hacer las galletas? —preguntó el niño.

—Son tintines Lán, pero apenas los estamos preparando— contestó la abuela.

—Entonces ahorita que estén listos regresó —dijo Lán.

—Mejor ayúdanos para terminar más rápido —mencionó Jun.

Limuksún y los dos pequeños se pusieron a formar los tintines. Mientras Jun y Lán tomaban los moldes y los rellenaban con la masa, la anciana los ponía sobre el comal caliente, los volteaba y los revisaba uno por uno.

—Justo a tiempo niños.

Al caer completamente la noche llegaron Malanáh, Tikú¹³ y Aktzin, tomaron los jarritos vacíos que estaban sobre la mesa de madera y se sirvieron un poco de café de la olla de barro que aún estaba sobre la lumbre.

— ¿Qué tanto hicieron que hasta bien lejos huele a canela y vainilla? —Preguntó Tikú.

¹³ Tikú: Nombre masculino de origen totonaca que significa «El jefe de la familia».

—Hicimos unos tintines Tikú —respondió la anciana mientras ofrecía uno de los tintines.

—Abuelo, perfumamos toda la ciudad como en la historia —afirmó Jun.

— ¿Cuál historia? —preguntó Aktzin.

— ¡Pues la de la vainilla! —Dijeron Malanáh y Lan al mismo tiempo.

Toda la familia degustó de los tintines de la canasta que estaba al centro de la mesa, dentro de la cocina se quedó el delicioso aroma de la orquídea de pétalos amarillos. El olor era tan fuerte que aromatizó al pueblo, tal como años atrás lo había hecho con la ciudad perfumada.



III

Hombres pájaro

Las olas golpeaban la orilla de la playa. A unos metros había gente dispersa alrededor de un poste de madera largo y vertical, parecía que rosaba el firmamento, estaba rodeado de palmeras que relucían con la luz solar. Las nubes corrían adornando el cielo como si fuese algodón de azúcar blanco y esponjoso. Se escuchaba el mar tranquilamente asistiendo el ritual de los hombres pájaro.

La gente aplaudía a aquellos que volaban por los cielos. Jun, era una pequeña de apenas cinco años de edad que sentía la misma emoción que todas las demás personas. Ella, tenía cabello rizado, ojos oscuros como el grano de café, y piel trigueña la cual se enrojecía con las olas de calor.

Jun tomaba la mano de su abuelo Tikú, un hombre de avanzada edad, con cabello completamente blanco, robusto y con unas gafas que hacían ver sus ojos más grandes. Ambos estaban sentados en una pequeña barda esperando el final del espectáculo que presenciaban.

Atados al poste por largas sogas, un grupo de hombres con pantalón rojo carmín descendían con sus coloridos atuendos, giraban desde las alturas, y cuando estaban por rozar con el piso, subían su cabeza, se tomaban de la cuerda que sujetaba su cintura, y sin recibir ningún impacto comenzaban a correr sobre el suelo caliente lleno de hierva recién cortada.

—Abuelo, ¿eso es lo que va a hacer Lan? —preguntó Jun asombrada al mirar que su hermano lucía el mismo atuendo de los hombres que giraban en el cielo.

—Mmm, sí, pero aún le falta aprender unas cosas para hacerlo así de bien —dijo el anciano.



—¿Y él se va a lanzar como lo hizo mi papá o se va a quedar arriba tocando la flauta como ese hombre? —cuestionó la pequeña Jun que llevaba puesta una blusa blanca con flores rojas bordadas, una falda amarilla y un rebozo rojo cruzado en el pecho.

—Se va a aventar. Él quiere ser como tu padre, pero para eso tiene que ponerle mucho empeño a sus prácticas —explico Tikú.

Lán se acercó a su abuelo y se sentó junto a su hermana. El pequeño no hacía más que pensar en el momento en el cual pudiese lanzarse como lo acababa de hacer su padre. Tenía doce años y ya se había lanzado en una ocasión con la ayuda de Aktzin, su papá, pero no era suficiente, pues lo había hecho de un poste de menor tamaño.

—Abuelo ¿y tú por qué no subiste? —preguntó Lán.

—Porque soy viejo y ya no me puedo mover como antes —dijo el anciano



—¿Pero si te lanzabas verdad? —cuestionó la pequeña.

—No Jun, yo estaba en lo más alto del poste.

—¿Entonces tú eres el que creaba la música? —preguntó Jun.

—Sí, y además vigilaba a cada uno de los hombres que subían junto conmigo.

—Ohhh...—dijo sorprendida la pequeña.

—Eras el caporal y tocabas un son del perdón ¿verdad? —dijo Lán.

—Así es —contestó Tikú orgulloso.

— ¿Abuelo nos cuentas otra vez la leyenda?

Tikú asintió con la cabeza y sonrió. Se quitó los anteojos, los llevo a su boca donde los vaporizó con un suspiro y los limpió de inmediato con un pañuelo que sacó de la bolsa de su pantalón.

—Bueno pues... cuenta la leyenda que hace miles de años, en Totonacapan, hubo una gran tribulación (pena) en el pueblo totonaca. La tierra parecía estar completamente seca y no lograba darse ninguna cosecha, todo se veía llano y muerto. Entonces, los más sabios de los totonacas idearon un ritual para pedirle ayuda a los cuatro abuelos (vivían en los puntos cardinales, uno en cada uno) ¿Sí se acuerdan cuáles son?

—Ay abuelo... cómo no nos vamos a acordar si siempre nos preguntas sus nombres —dijo Lán.

— ¡Bueno, bueno! —sonrió el anciano— Escogieron a cinco hombres valientes para volar por los cielos como lo hacen las aves, a estos jóvenes los entrenaron y los mandaron al monte a buscar un árbol, el más grande y alto que lograran ver... una vez que lo hallaran tenían que llevarlo ante ellos. Cuando los cinco elegidos llegaron, le colocaron un artefacto en forma de cuadrado que tenía que girar sobre su propio eje.

—¿Que también era de madera verdad? —preguntó Jun.

—Sí. Cuatro de los muchachos escalaron y en lo más alto enrollaron metros y metros de cuerda hasta que cada uno dio trece vueltas alrededor del gran tronco para poder volar al mundo espiritual. Los sabios, le dijeron al quinto de ellos que no volaría, que él tendría que subir y acompañar a sus hermanos tocando la flauta y un pequeño tamborcillo.

—¡Como tú abuelo! —dijo Lán.

—Exacto, pero pongan atención —ambos niños asintieron con la cabeza y miraron fijamente al anciano— el hombre subió y mientras el ritual se llevaba a cabo se escuchó a alguien diciendo “Baila... toca tu flauta, que nosotros te escuchamos”. El hombre se paró en el tronco, guardó equilibrio y comenzó a hacer sonar melódicas notas sagradas.

—Tururu Tururu —tarareó Lán— así hacen las flautas Jun.

—En cada aliento que daba invocaba al sol, y cada vez que



golpeaba el pequeño tamborcillo ofrecía su corazón.

—Y los tamborcillos hacen tantarantán —dijo la pequeña.

—No, sólo hacen Tan Tan —dijo Lán.

— Ya no les voy a contar nada chamacos —dijo el anciano.

—No ya abuelo, nos callamos —dijo Lán.

—Está bien... —continuó Tikú —El viento corrió fuerte, pero sin importar esto, el hombre comenzó a bailar, zapateaba con un pie y con el otro se apoyaba para girar y observar a cada uno de sus cuatro hermanos, pues tenía que asegurarse que estuvieran a salvo, el caporal bendijo el vuelo de cada uno de ellos, como lo hacen los sacerdotes. Los hombres pájaro dejaron caer su cuerpo y giraron alrededor del alto tronco.

El anciano sacudía su mano para airearse el rostro humedecido por calor, sacó su pañuelo y limpió el sudor que corría junto a sus mejillas. Aktzin se acercó, cargó a Jun y se

sentó junto a Tikú, su padre. El hombre tenía el mismo traje colorido que su hijo Lán. Mientras se acercaba escuchaba lo que el anciano les contaba a los niños que con gran atención lo miraban.

— ¿Otra vez la leyenda? — preguntó el hombre.

— Sí pa'... —dijo Lán.

— Bueno, creo saber por dónde van... pues algunos dicen que los hombres que volaron por los cielos se convirtieron en luces con forma de pájaros. Y que se fueron volando hacia los cuatro rumbos para pedir que lloviera otra vez.

— Norte, sur, este y oeste —susurró la pequeña.

— Cuando las aves se dispersaron por el firmamento, el cielo se cubrió con grandes y pesadas nubes —dijo Aktzin— soltaron un aguacero que duró mucho tiempo, y cuando la tierra comenzó a absorber el agua cristalina que caía sobre esta, los campos florecieron, la hierba creció tan verde que

todo se llenó de vegetación. La gente estaba muy contenta, por ello agradecieron a aquellos que fueron dignos y trajeron abundancia al pueblo totonaca honrando al dios de la fertilidad, Xipe Tópec.

Por el monte, un grupo de hombres encontraron el árbol más alto de todos, un nogal de casi treinta y cinco metros. Los elegidos comenzaron a bailar alrededor e inclinaron su cuerpo ante él pidiendo perdón, cada uno de ellos roseó un poco de aguardiente con la boca dirigiéndose a los puntos cardinales, entre ellos estaba Lan, que lucía más alto y fornido que diez años antes. Prosiguieron a cortar el árbol, retiraron la corteza y limaron un poco el tronco para cortarlo. Tomaron bambúes y, con ayuda de estos, levantaron el inmenso palo para que no tocara el suelo.

— ¿Por qué el árbol no debe tocar el suelo? —preguntó Jun.

—Algunos creen que por mala suerte —contestó Aktzin.

Muchas personas se quedaron en el lugar dónde enterrarían

el gran tronco. Había un círculo delineado con piedras y pasto alrededor. Excavaron un hoyo, sacaron tierra a grandes cantidades. Y antes de colocar el tronco le pusieron tablillas de madera que utilizarían los voladores para subir a la cima.

Luego de unos minutos más gente comenzó a acercarse, entre todos hicieron una ofrenda para el día siguiente, llevaban púlakles¹⁴ ; agua ardiente, agua bendita, veladoras, incienso, flores blancas, tabaco, máscaras de águila (que representaban a los voladores que iniciaron el ritual convirtiéndose en aves con alas muy grandes) y tocados coloridos que representaban a los dueños de las danzas.

Al día siguiente los hombres pájaro tomaron los tamales de la ofrenda, y todo aquel ofrecimiento que había frente a ellos. Se alimentaron y bebieron, después se dirigieron al

¹⁴ Púlakles: tamales de frijol.

tronco que ya estaba enterrado perfectamente. Era tan alto que casi medía treinta metros.

Los voladores tenían un llamativo atuendo. Vestían un pantalón rojo bordado con franjas coloridas y flecos en la parte de abajo, el tono rojizo hacía alusión a la sangre de aquellos que llegaron a caer del cielo; además, portaban un gorro colorido adornado con pequeños espejos circulares y flores que cubrían el paliacate que traían amarrado en la frente; juntos hacían parecer un pico de ave. También tenían un pequeño abanico de colores como el arcoíris, listones largos que caían por la nuca y botines negros de piel.

Entre la multitud había niños y niñas con el mismo traje. Se escuchaba el murmullo de las personas que estaban por presenciar el ritual de los voladores en el Tajín... Lan era uno de los cuatro que volarían, él era el más joven de todos.

—Aún me acuerdo cuando éramos pequeños —dijo Lán, que a diferencia de años atrás ahora era él quien escalaría



el poste y volaría como lo hacía su padre — me hubiera gustado ser como el abuelo.

—Sé hombre sabio y un día podrás guiarlos... —respondió Aktzin

—Ya van a empezar —dijo Jun.

Los hombres coloridos se acercaron al tronco, comenzaron a bailar... y dieron una vuelta alrededor, mientras giraban su cuerpo ligeramente encorvado hacía la izquierda zapateaban y nuevamente giraban. Se escuchaba la flauta y el pequeño tamborcillo sonando. Tan pronto terminaron aquella vuelta alrededor del inmenso tronco, cinco hombres comenzaron a escalar como pequeñas hormigas alejándose del suelo hacía la cima junto a las nubes blancas que sobrepasaban el cielo turquesa de Papantla, en Veracruz.

Cuatro hombres llegaron a lo más alto y ahí reposaron su cuerpo sobre el bastidor que giraría cuando voluntariamente se arrojaran. Lán era uno de ellos, con fuerza comenzó a

dar vueltas al bastidor para enrollar la cuerda que amarraba su cintura. El quinto hombre subió, se sentó un momento, dejó caer un poco su torso en cuatro ocasiones y al finalizar se puso de pie. Nuevamente se escuchó el sonido agudo de la flauta y tan pronto sonó, el tamborcillo lo acompañó.

El sacerdote o caporal (como es llamado), se quitó su gorro y miró hacía el firmamento a cada uno de los puntos cardinales. Sobre un pie, reverenció el ritual. De inmediato su danza dio inicio, mientras su cuerpo estaba inclinado comenzó a brincar y golpear el punto más alto del poste con un solo pie y luego con el otro, los intercambiaba para llevar un ritmo similar a la música hasta finalizar cuatro vueltas. El caporal observó a cada uno de los hombres pájaro y asintió con la mirada, estiró su cuerpo y se acomodó su colorido gorro, tomó la flauta y el tamborín que sostenía. Los hombres pájaro deslizaron su peso hacía atrás y dejaron caer su cuerpo al vacío mientras el sacerdote giraba en la cima mirando a los cuatro abuelos. Lan emprendió el vuelo



y comenzó a danzar en el aire como sus tres hermanos voladores, extendió los brazos y miró al cielo, abría sus piernas y después las enroscaba para girar. Escuchaba al caporal que los guiaba, pues tenía que dar trece vueltas mientras descendían en el aire.

El paisaje daba vueltas alrededor de Lán, veía todo en su esplendor, descendía poco a poco sintiendo el aire corriendo por su cuerpo. Volaba como lo hacía anteriormente su padre. Jun miraba desde el punto más bajo junto a Aktzin y Malanáh, su madre, que vestía una blusa bordada, un rebozo rojo cruzado y una falda azul cielo; Todos estaban sentados sobre el pasto aplaudiendo sin perder de vista a Lan quien durante unos minutos giró y giró descendiendo de la cima.

Los hombres pájaro llevaron sus manos hacía el suelo y cuando sus dedos índices tocaron el piso, levantaron sus cuerpos hacía el cielo, maniobraron de tal manera que

terminaron corriendo sobre la tierra que sostenía el gran tronco. Todos los miraban y aplaudían, al término la familia de Lan lo esperó con deliciosos platillos (como el huatape y púlakles) y frutas (como el zapote, la guayaba, plátano, papaya y mamey) como forma de dar gracias a cada uno de los hombres pájaro que habían participado en el ritual.



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

México, 2021